



Los jefes (1959) Entre la opresión y el honor

Andrei Atanasovski

*Nadie hablaba de los exámenes finales.
El fulgor de las pupilas, las vociferaciones,
el escándalo indicaban que había llegado el momento de
enfrentar al director.
De pronto dejé de hacer esfuerzos por contenerme
y comencé a recorrer febrilmente los grupos:
—¿Nos friega y nos callamos?—. —Hay que hacer algo—.
—Hay que hacerle algo”.*

Los seis “relatos que conforman *Los jefes* (originalmente eran cinco) son las historias de oprimidos y opresores. Son testimonios colectivos y ficcionales sobre el abuso del poder en nuestro país, abuso de autoridad de donde esta provenga, ya sea impuesta o cedida. Estas historias cortas son una viva metáfora de la rebelión de masas desde distintas perspectivas, ya sea desde el punto de vista del profanador como del profanado. Esta temática común hace de *Los jefes* una obra donde se plasma en la realidad más próxima —llámese colegio, collera o familia— todos los paradigmas de la doctrina dialéctica marxista en una de las más violentas narraciones de Mario Vargas Llosa, editada de manera anexa, dada su corta extensión, con *Los cachorros*, historia de las desavenencias de “Pichulita Cuéllar”.

Sin embargo, esta impecable y temprana muestra de su talento deja relucir aquellos valores que podrán percibirse no solo en sus siguientes obras, sino también en sus posturas ante los diversos temas trascendentes, como la libertad, la lealtad, la coherencia, y sobre todo el honor de sus héroes, el cual pasa a ser un concepto palpable conforme uno se adentra más en las historias tan verosímiles que se retratan en *Los jefes*. El honor es aquel hilo que une los relatos a lo largo de la borrascosa geografía que los separa. El honor y el orgullo son el verbo hecho carne, virtudes imprescindibles para que los mucha-

chos puedan ser considerados hombres. El Perú es tierra de nadie, ahí donde la justicia se toma por manos propias.

La prolífica pluma de Vargas Llosa nos transporta de manera magistral a lo ancho y largo del Perú con historias totalmente distintas y a la vez muy cercanas, en las cuales el ámbito pasa a ser accesorio.

Los dominios de los Pajarracos, collera de amigos que baten distintos retos con tal de ganar el corazón de una muchacha en las concurridas calles miraflores dan pie a “Día Domingo”. El patio de un colegio piurano caído en desgracia por el autoritarismo del director en “Los jefes”, primer relato del conjunto, presencia el levantamiento del alumnado en contra del abuso. Un duelo a muerte entre dos rivales: el Cojo y Justo, a navajazo limpio después de una imperdonable afrenta en “El desafío”, segundo relato del conjunto, comienza con un clásico radiobemba sobre la inminente pelea en un bar local: “Le serví un vaso hasta el borde y la espuma rebalsó sobre la mesa. Leonidas sopló lentamente y se quedó mirando, pensativo, cómo estallaban las burbujas. Luego bebió de un trago hasta la última gota. —Justo va a pelear esta noche —dijo, con una voz rara”.

En “El hermano menor”, las interminables colinas de la hacienda dan pie a la búsqueda del

indio prófugo por parte de David y de Juan, a caballo, quienes ven la venganza como la única forma de recobrar la dignidad de su hermana Leonor; al igual que el inhóspito paisaje de la serranía esteparia a un intercambio de vándalos prófugos en "Un visitante", relato donde el sargento Lituma saltaría a la fama, convirtiéndose en un personaje recurrente en varias obras de Vargas Llosa.

Los amplios corredores de una opulenta residencia dan pie al último cuento de la colección: "El abuelo" (1956), el primer relato que publicó Vargas Llosa y que fue incluido en ediciones posteriores. En este cuento, don Eulogio pierde la razón obsesionado con la metáfora de la muerte, un cráneo humano, el cual por un descuido prende en llamas de manera repentina en una escena triunfal:

Dudaba, porque lo que veía no era exactamente lo que había imaginado, cuando una llamarada súbita creció entre sus manos con brusco crujido, como de un pisotón en la hojarasca, y entonces quedó la calavera iluminada del todo, echando fuego por las cuencas, por el cráneo, por la nariz y por la boca. "Se ha prendido toda", exclamó maravillado.

Los jefes, primer experimento narrativo del premio Nobel de Literatura 2010, es sin duda impecable; ostenta aquella capacidad de tocar las fibras más recónditas del lector a través de la palabra. Resalta al ser una obra de lectura rápida, pero que al mismo tiempo cuida tanto la estética como la trama en sí, cualidades que explican por qué luego de su publicación Vargas Llosa se convirtió en uno de los escritores más reconocidos por todos los sectores sociales. Asimismo, *Los jefes* es una de las obras más recomendadas en los textos de Literatura de los colegios secundarios.

La temática de la opresión, la violencia y la muerte inminente no pueden dejarse atrás, sobre todo si son retratadas en los ámbitos cotidiano y juvenil, y no solo en un ámbito "solemne" o político. El abuso está en todas partes, y por ende la violencia también, como se evidencia en *Los jefes*, obra cargada de aquel tono revolucionario que tenía nuestro Nobel allá por los años cincuenta, cuando escribía detrás de los muros sanmarquinos aquellos primeros relatos que medio siglo después están más vigentes que nunca.